

A la caza
DEL
DIABLO

Autora de *A la caza de Jack el Destripador*, best seller #1 del *New York Times*

KERRI MANISCALCO

En este impactante final de la exitosa serie que comenzó con *A la caza de Jack el Destripador*, Audrey Rose y Thomas intentan dar caza al depravado y escurridizo asesino conocido como el Diablo de la Ciudad Blanca.

Audrey Rose Wadsworth y Thomas Cresswell han aterrizado en los Estados Unidos, una tierra salvaje e intrépida comparada con las elegantes calles de Londres. Aunque, al igual que Londres, la ciudad de Chicago esconde muy bien sus secretos más oscuros. Cuando acuden a la Feria Mundial, un evento único, empiezan a dar con informes de personas desaparecidas y asesinatos sin resolver. Audrey y Thomas comienzan sus investigaciones, que los conducen a un asesino en serie diferente a cualquiera que hayan visto antes. Identificarlo es una cosa, capturarlo es otra, especialmente dentro del Hotel Asesinato, que construyó como su aterradora guarida de tortura.

¿Podrá Audrey Rose, junto con su verdadero amor, resolver finalmente el último enigma? ¿O fracasará frente a su adversario más perverso?

Índice de contenido

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Segunda parte

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Epílogo

Más allá de la vida, más allá de la muerte; mi amor por
ti es eterno

Nota de la autora

Agradecimientos

Convertirme en el Príncipe Oscuro

Antes

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Sobre la autor

*Querido lector,
más allá de la vida, más allá de la muerte,
mi amor por ti es eterno.*

¡Adiós por siempre y para siempre, Bruto!
Si nos encontramos de nuevo, sonreiremos;
si no, es cierto que bien ha estado el despedirnos.

Julio César, acto V, escena I
William Shakespeare

¡Buenas noches, buenas noches!
Al partir es tan dulce la tristeza,
que daré las buenas noches hasta que ama-
nezca.

Romeo y Julieta, acto II, escena II
William Shakespeare

Nuestros deleites han terminado ya. Estos nuestros actores, como predije, eran todos espíritus y se han disipado en el aire, sin dejar rastro: y, como el tejido infundado de esta visión, las torres coronadas por nubes, los suntuosos palacios, los solemnes templos, todo el gran globo, sí, y cuanto en él descansa, se disolverá, y, lo mismo que este desfile insustancial que se ha desvanecido, no dejará rastro alguno detrás. Estamos hechos de la misma sustancia que los sueños, y nuestra breve vida culmina con un sueño.

La tempestad, acto IV, escena I
William Shakespeare

PRIMERA PARTE

NUEVA YORK

1889

Ciudad de Nueva York, hacia 1889

1

LA MUERTE ACUDE RAUDA

*MERCADO DE WEST WASHINGTON
DISTRITO DE LA CARNE, NUEVA YORK
21 DE ENERO DE 1889*

Una ráfaga de aire gélido me recibió cuando abrí la puerta del carruaje y salí a la calle, con la atención puesta en el hacha levantada. La débil luz del sol se deslizaba por su filo como si de sangre fresca se tratara, lo cual trajo a mi mente ciertos acontecimientos recientes. Hay quien incluso los llamaría pesadillas. Una sensación parecida al hambre despertó en mi interior, pero me apresuré a reprimirla.

—¿Señorita Wadsworth? —El lacayo me tomó del brazo y se concentró en la multitud cubierta de mugre que se abría paso a codazos por West Street. Parpadeé, casi había olvidado dónde y con quién estaba. Llevaba casi tres semanas en Nueva York y seguía sin parecer real. El lacayo se humedeció los labios agrietados, con la voz tensa—. Su tío pidió que las llevaran a las dos directamente al...

—Será nuestro secreto, Rhodes.

Sin añadir nada más, agarré mi bastón y avancé, con la mirada fija en unos ojos negros y apagados mientras la hoja caía y seccionaba la médula espinal a la altura del cuello con un golpe que astilló la madera. El verdugo, un hombre rubio de unos veinte años, soltó el hacha y limpió el filo en la parte delantera de su delantal manchado de sangre.

Durante un breve instante, con la camisa arremangada y el sudor salpicándole la frente, me recordó al tío Jonathan después de abrir un cadáver. El hombre dejó su arma

a un lado y tiró del cuerpo de la cabra hacia atrás, separando limpiamente la cabeza de los hombros.

Me acerqué, sentí curiosidad al ver que la cabeza del animal no se había caído de la mesa de la carnicería como había imaginado que haría, sino que se había limitado a rodar hacia un lado por la inmensa superficie, con la mirada fija en el cielo invernal. Si hubiera creído en el más allá, tal vez habría deseado que estuviera en un lugar mejor. Uno lejos de allí.

Desvié la atención hacia el cadáver de la cabra. La habían matado y desollado en otro lugar, y su carne expuesta era un mapa blanco y rojo que se entrecruzaba donde la grasa y el tejido conectivo se encontraban con la carne tierna. Luché contra el creciente impulso de recitar en voz baja los nombres de todos los músculos y tendones.

No había examinado un cadáver en un mes.

—Qué apetitoso. —Mi prima Liza me alcanzó al fin, entrelazó su brazo con el mío y me apartó cuando un hombre lanzó un pesado saco de arpillera a un aprendiz más joven que estaba en la acera de enfrente. Ahora que prestaba más atención, me di cuenta de que había una fina capa de serrín alrededor de los pies del carnicero. Era un buen método para absorber la sangre con facilidad y después barrer, un método que conocía bien gracias al tiempo que había pasado en el laboratorio de mi tío y en la escuela de medicina forense a la que había asistido en Rumania por un breve período de tiempo. Mi tío no era el único Wadsworth que disfrutaba abriendo a los muertos.

El carnicero dejó de descuartizar a la cabra el tiempo suficiente para mirarnos con lascivia. Deslizó la mirada por nuestros cuerpos y emitió un silbido bajo y apreciativo.

—Puedo abrir corsés todavía más rápido de lo que abro huesos. —Levantó el cuchillo, con la atención puesta en mi pecho—. ¿Está interesada en una demostración, elegante señorita? No tiene más que decirlo y le mostraré qué más puedo hacerle a tan hermosa figura.

A mi lado, Liza se puso rígida. La gente solía llamar «señoritas elegantes» a las mujeres a las que se les suponía una moral cuestionable. Si creía que me sonrojaría y saldría corriendo, estaba muy equivocado.

–Por desgracia, señor, debo decir que no me ha impresionado demasiado. –Saqué un bisturí de mi bolso de mano y disfruté de su tacto familiar–. Verá, yo también evisceré cuerpos. Pero no malgasto el tiempo con animales. Yo descuartizo humanos. ¿Está *usted* interesado en una demostración?

Debió de ver algo en mi cara que lo preocupó. Dio un paso atrás mientras levantaba las manos callosas.

–No quiero problemas. Solo me estaba divirtiendo.

–Igual que yo. –Le dediqué una sonrisa dulce que lo hizo palidecer mientras yo giraba el bisturí de un lado a otro–. Es una pena que no tenga ganas de seguir jugando. Aunque no me sorprende. Los hombres como usted se jactan de forma exagerada para compensar... lo *cortos* que van en otros aspectos.

Liza seguía boquiabierta mientras nos alejaba de allí. Suspiró cuando nuestro carruaje acabó por irse sin nosotras.

–Explícame, querida prima, por qué hemos abandonado ese carruaje tan cálido y lujoso para pasearnos por – señaló con su sombrilla las hileras de carnicerías, cada una de las cuales exhibía diferentes partes de animales envueltas en paquetes de papel marrón– todo esto. De veras, el olor es nauseabundo. Y la compañía es aún más asquerosa. Nunca, en toda mi vida, me han hablado de forma tan desvergonzada.

Me guardé mi escepticismo sobre ese último punto. Habíamos pasado más de una semana a bordo de un transatlántico con un carnaval conocido por su libertinaje. Estar en compañía del maestro de ceremonias durante cinco minutos había demostrado que se trataba de un joven diabólico. En más de un sentido.